

- \* El chef
- \* Unas horas sin tecnología
- \* La mosca que soñaba que era un águila
- \* La fe y las montañas

## El sol

Carol Zardetto

**S**oy un sacerdote del sol, designado por los dioses para controlar las fuerzas cósmicas por medio de la oración, los rituales y los encantamientos.

Nací para gobernar a los vivos y perseguir el conocimiento. La sobrevivencia del pueblo láino y de la Gran Madre, depende de nuestro trabajo en la tierra.

La vida fue traída a la tierra tejiéndola entre el tiempo y el espacio. Su balance es muy frágil. El equilibrio de todo el universo depende de la integridad de los Hermanos Mayores. La única finalidad del hombre es el conocimiento. Todo lo demás es secundario. Sin conocimiento no puede haber comprensión del bien y del mal. No puede haber aprecio de los deberes sagrados de los hombres para con la tierra y para con la Gran Madre. El conocimiento trae sabiduría y tolerancia. Sin embargo no es fácil alcanzarlo dentro de un mundo animado por la energía solar. Sin la guía de los iluminados, la luz solar puede llamar a engaño.

Fui llamado a ser sacerdote por medio de la adivinación. Cuando nací, igual que toda mujer láina, mi madre acudió a uno de los *pachamamas*, como se les llama a los sacerdotes, para consultar a la Gran Madre, leyendo los signos en las piedras y cuentas que fueron lanzados al agua en las vasijas ceremoniales. La Gran Madre habló: yo era uno de los escogidos.

Mi madre tuvo que entregarme a uno de ellos, quien me llevó a la cima de la montaña para criarme junto a su mujer. Tuve, como todos los escogidos, una vida nocturna, apartado completamente del sol, con la prohibición absoluta de conocer siquiera la luz de la luna llena.

Por dieciocho años viví en la casa de ceremonias, durmiendo de día, despertando al atardecer, cuando atravesaba en la oscuridad el bosque hasta la casa del *pachamama* donde era alimentado. Comía a la medianoche y, justo antes del amanecer: pescado hervido con caracoles, hongos, grillos, frijoles blancos y raíces. Nunca probé la sal, ni comida que no hubieran conocido mis antepasados. La comida era siempre preparada por la mujer del *pachamama*, y aun ella que era como mi madre, podía verme solo durante la noche.

Mi aprendizaje duró dos veces nueve años,

como si hubiera regresado dos veces al vientre de mi madre. Durante los primeros, cuando era solo un niño, *pachamama* me enseñó los misterios del mundo. Aprendí cantos y danzas, cuentos y los secretos de la creación, así como el lenguaje ritual conocido solo por los sacerdotes.

Los otros nueve años mi dedicación fue para asuntos más elevados y secretos: el arte de la adivinación, la respiración que pone a mi cuerpo y a mi mente en reposo, cómo entrar en trance, oraciones que dan voz al espíritu interior.

Nunca aprendí ninguna de las tareas que ocupan a los hombres, pero conozco todo sobre la Gran Madre, los secretos del cielo y de la tierra, el misterio de la vida en todas sus manifestaciones.

Yo, al igual que todos los iniciados, conozco solo la oscuridad. Por ello he adquirido el don de las visiones. Soy clarividente, capaz de ver no solamente el futuro o el pasado, sino a través de todas las ilusiones del universo. En trance puedo viajar a través de la tierra de los muertos y dentro del corazón de los vivos.

Hoy es el día de la gran revelación: después de haber escuchado de la belleza de la Gran Madre durante dieciocho años, y haber aprendido el delicado balance de la vida, la importancia de la armonía cósmica, estoy listo para tomar mi carga en medio de los hombres.

Está todavía oscuro cuando *pachamama* viene a buscarme. Juntos salimos y nos sentamos en una ladera de la montaña. Empieza a amanecer y puedo finalmente ver lo que se me había mantenido oculto: el sol empieza a salir.

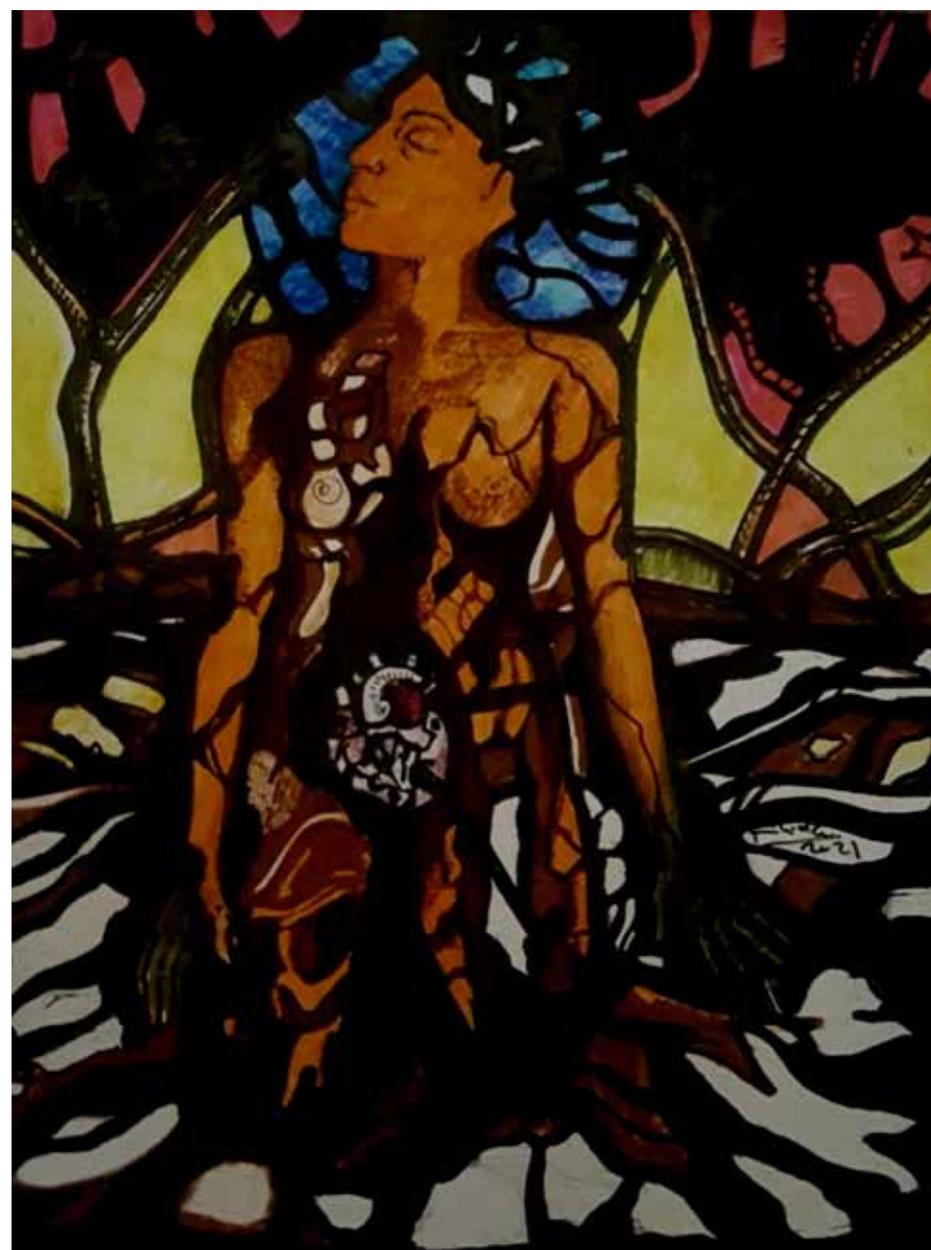
Hasta el día de hoy el mundo existió para mí solo como una narración. Ahora, por primera vez, puedo verlo en su trascendental belleza y en un instante, el conocimiento que me fue transmitido se vuelve sólido como una roca dentro de mi ser. *Pachamama*, conmovido, murmura en mi oído:

-¿Lo ves? Es tan hermoso como te lo había contado.

Fin

De *El discurso del loco* (2009)

**Limpia la casa de todo para que la habite solamente el sol.**  
*Rumi, El fuego del amor*



“...La sobrevivencia del pueblo láino y de la Gran Madre, depende de nuestro trabajo en la tierra...”

LA AUTORA

**Carol Zardetto**  
(Guatemala, 1959). Abogada, diplomática, escritora y guionista de cine. Su novela *Con pasión absoluta*,



le valió la concesión del Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo en 2004. Otros de sus libros son las novelas *La ciudad de los minotauros* (2016) y *Cuando los Rolling Stones llegaron a La Habana* (2019).

# El chef

Rodrigo Rey Rosa

**D**urante tres años vivió debajo del Manhattan Bridge, en una covacha al borde del terraplén sobre el río, y solía pasar buena parte de sus noches mirando por un ventanuco la telaraña de luces del vasto y ruidoso puente tendido sobre el East River, los faros de los automóviles que iban y venían. Cuando estaba decaído o perezoso, se alimentaba con los desperdicios de comida que encontraba en los basureros de los restaurantes de Chinatown y Little Italy, por donde deambulaba por las tardes y al amanecer. Cuando se sentía más emprendedor, atrapaba mirlos o una especie de codorniz que a veces, durante el invierno, venían a refugiarse en los parques de la ciudad. Los mirlos eran fáciles de atrapar, con cebo de miga y cuerda de pescar. También los cazaba con una cerbatana de aluminio, que él mismo fabricó con los restos de una vieja antena de televisión, armada de dardos hechos con agujas hipodérmicas, las que solía cargar con pequeñas dosis de veneno o sedantes obtenidos en los vertederos del Beth Israel o el Bellevue, los grandes hospitales. Las codornices requerían más paciencia e ingenio. Para ellas construía trampas con cajas de plástico, elásticos usados y varillas de madera o de metal. Sea como fuere, si tenía un poco de suerte, volvía a su covacha bajo el puente con sus presas y hacía una pequeña fogata para cocinar. Le llamaban el Chef porque sabía preparar varias salsas, y era enormemente popular por los pequeños banquetes que celebraba. Entre sus visitantes



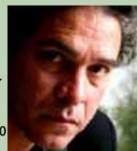
se encontraban las chicas vagabundas más atractivas, y uno que otro chico, dispuestos a todo por un buen manjar. Celoso porque su compañera iba a cenar con el Chef muy a menudo, un malhumorado vagabundo a quien llamaban Kentucky Matt, le partió el cráneo al Chef con un madero una mañana mientras dormía. (Dormía cobijado con cartones, porque era pleno invierno, y parece que, para ahogar los ruidos del tránsito del puente, se había acostado con su walkman y escuchaba, cuando fue muerto, una fuga de Bach). La chica denunció el crimen, pero Kentucky Matt no fue capturado. Huyó de la ciudad -dicen- como polizón en un vagón de ferrocarril.

Fin

De *Ningún lugar sagrado* (1998)

EL AUTOR

**Rodrigo Rey Rosa** (Guatemala, 1958). Considerado uno de los más destacados escritores de su generación en lengua castellana, es autor de una consistente obra narrativa tanto en el cuento como en la novela. Es, asimismo, un renombrado traductor al español de importantes autores de lengua inglesa. Novelas como *La orilla africana* (1999), *El tren a Travancore* (2002) o *El material humano* (2009), junto con colecciones de relatos como *El cuchillo del mendigo* (1985), *Lo que soñó Sebastián* (1994), *Ningún lugar sagrado* (1998) y *Cárcel de árboles* (1991), le han valido el merecido reconocimiento que hoy va asociado a su figura.



# Unas horas sin tecnología

Leonor Bravo Velásquez

**A**fuera hay silencio, un silencio inesperado que solo es roto por el canto de los pájaros, por la enorme cantidad de pájaros que ha llegado, no se sabe de dónde, y que ahora rodea los balcones del edificio, en los que cada inquilino, feliz del saludo de las aves, pone arroz y trigo para que se queden.

Silencio, porque en esa calle antes bulliciosa, no hay autos, ni gente, ni niños que van a la escuela, ni padres apresurados a su trabajo, ni negocios; ni ese bar de la esquina que escandalizaba las madrugadas de jueves a domingo.

Silencio, porque todos los habitantes de este edificio están conectados a sus computadoras, a sus smartphones, a sus tablets, viviendo sus vidas lejos de allí. Silencio que es roto a las seis de la tarde por dos vecinos del cuarto piso, dos violinistas que salen al balcón a compartir su música con otros. Ahora es Bach y ayer fue Beethoven.

Silencio que desaparece a esa hora, cuando se prenden las luces y los habitantes de este edificio y de las otras viviendas de la cuadra, salen a acompañarlos, algunos llevan pañuelos de colores que hacen ondear para que los muchachos sepan que están ahí, que su música es bienvenida, y que si ellos regalan sonidos bellos, los demás devuelven el presente con color y aplausos. El cariño tiene muchas formas de ser.

Un silencio que se evapora cada cierto tiempo por el llanto del bebé del tercer piso que pide comida, cambio de pañal o cariño; a veces también por algún cólico u otra inexplicable molestia que asusta a su madre.

Silencio, invadido ahora por el timbre del teléfono, no del celular, sino del convencional, grande, negro, inútil, que según Catalina deberían tirar a la basura porque, con celulares, quién necesita de ese vejeterio.

—Qué pena —escucha Catalina decir a su madre—, pero este momento estoy en clases y no puedo dejar solos a los chicos. Sí, mi esposo también está ocupado en una conferencia. ¿Puede ser en una hora? Lo siento mucho.

—¿Qué pasa mami?, ¿quién es? — Catalina se muere de curiosidad, desde que se cambiaron es la primera vez que suena ese aparato. Tienen poco tiempo en este edificio y casi no conocen a nadie.

—La vecina del tercero, me preguntó si tengo leche, el niño tiene hambre y a ellos se les acabó, pero en este momento no puedo ir.

—Voy yo, ya terminé mis deberes —Catalina ve la oportunidad de moverse un poco más de lo que le permite el limitado paseo en su departamento.

— ¡Estás loca!, ¿cómo se te ocurre! Te puedes contagiar.

—Ay mami, pero si ellos no tienen covid.

—¿Tú como sabes?, el esposo de ella sale todo el tiempo de compras, puede haberse contagiado.

—Me pongo doble mascarilla, rompevientos, los guantes de lavar los platos, y me baño en alcohol.

Catalina discute con su madre hasta que la convence con la promesa de entregar la leche en la puerta y regresar enseguida. Casi vestida de astronauta, sale corriendo a hacer la entrega.

El departamento queda otra vez en silencio, papá y mamá siguen en sus clases y Catalina no regresa. Cuando terminan las tareas del día se dan cuenta de su falta y se asustan. No saben cómo la vecina del tercero consiguió su teléfono, porque ellos no tienen el suyo. Deciden salir a buscarla cuando la ven llegar con un frasco en las manos.

—La viejita que vive al lado de la mamá del bebé hizo mermelada de guayaba y me regaló un poco, porque yo le conté que era tu dulce preferido.

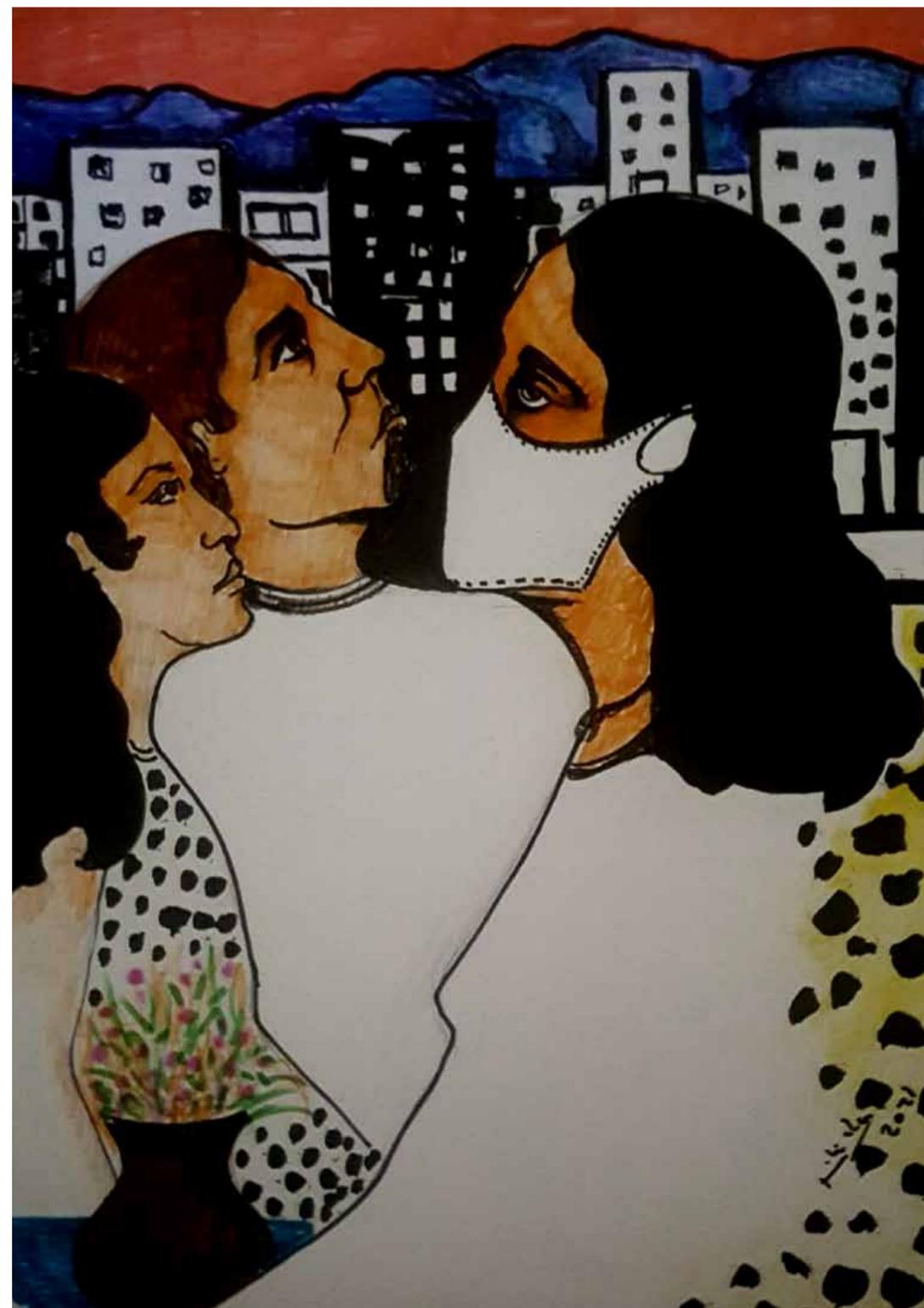
—¿Estás loca? ¿Cómo la conociste? ¿Te pusiste a pasear por todo el edificio? ¿Y recibiste dulce de una desconocida? ¿La señora llevaba mascarilla? Anda a lavarte las manos, con jabón y dos veces —grita la mamá.

—Mami, la viejita no es una desconocida, porque ya vive 15 años en este edificio. Fue a regalarle mermelada a la mamá del bebé y, como yo estaba allí, me dio también a mí. Pero, en realidad, me demoré porque ayudé con el cambio de pañal —dice Catalina, muy tranquila.

““

...El departamento queda otra vez en silencio, papá y mamá siguen en sus clases y Catalina no regresa....”

””



—¿Tú, tú cambiaste el pañal?, pero tú eres una niña y no sabes nada de eso —el departamento, el edificio, el barrio, a esa hora más silencioso que nunca, es todo gritos.

—No mami, yo cuidé que hirviera un agua, mientras la mamá le cambiaba el pañal.

—¿Tú, tú cuidaste un agua?, pero te pudiste haber quemado. No puede ser, ¿esto es un abuso!

—Mami, ya tengo 10 años, puedo mirar un agua que hierve sin quemarme —se ríe Catalina.

La mamá se pone un abrigo, dos mascarillas, los guantes de lavar los platos y se dispone a ir al departamento del tercero a reclamar a esa señora tan abusiva. Entre Catalina y el papá tratan de calmarla, porque lo que ha pasado no es tan grave como para hacer un escándalo.

Fin

LA AUTORA



**Leonor Bravo Velásquez** (Quito, 1953). Reconocida escritora ecuatoriana cuya obra, original y profunda, ha merecido varios premios y reconocimientos, como el Premio Nacional Darío Guevara Mayorga y el Diploma de Honor a los Aportes Creativos a la Infancia, otorgado por el Instituto Nacional de la Niñez y la Familia. Es animadora cultural de larga trayectoria, y ha dictado talleres de escritura creativa para niños. Su obra, dirigida a niños y adolescentes, es muy extensa. Entre sus títulos: *La biblioteca secreta de La Escondida* (2004) y *Dos cigüeñas, una bruja y un dragón* (2008), forman parte de la Lista de Honor del IBBY (International Board on Books for Young People). Entre sus múltiples temas ha incursionado en los cuentos de miedo, con mucho éxito, un ejemplo es su compilación de relatos: *Encuentros inquietantes* (2012).

# Dos cuentos breves

Augusto Monterroso

## *La mosca que soñaba que era un águila*

Había una vez una Mosca que todas las noches soñaba que era un Águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se sentía trisísima de ser una Mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienas en la almohada.



## *La fe y las montañas*

Al principio la Fe movía montañas solo cuando era absolutamente necesario, con lo que el paisaje permanecía igual a sí mismo durante milenios. Pero cuando la Fe comenzó a propagarse y a la gente le pareció divertida la idea de mover montañas, estas no hacían sino cambiar de sitio, y cada vez era más difícil encontrarlas en el lugar en que uno las había dejado la noche anterior; cosa que por supuesto creaba más dificultades que las que resolvía.

La buena gente prefirió entonces abandonar la Fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio. Cuando en la carretera se produce un derrumbe bajo el cual mueren varios viajeros, es que alguien, muy lejano o inmediato, tuvo un ligerísimo atisbo de Fe.

*Fin*

De *La oveja negra y demás fábulas* (1969)

EL AUTOR

### Augusto Monterroso

(Guatemala 1921- México 2003). Se le considera uno de los grandes maestros universales del relato breve. Destacan en su obra el ingenio imaginativo, el humor cáustico y lo complejo y fascinante de sus temas. Entre sus principales libros se cuentan *La oveja negra y demás fábulas* (1969), *Obras completas y otros cuentos* (1959), *Movimiento perpetuo* (1972), *La palabra mágica* (1983) y *Literatura y vida* (2003).

